

Rosa PARDO SANZ: España ante el conflicto bélico de 1914-1918: ¿una espléndida neutralidad?

En Salvador FORNER (Ed.): *Coyuntura Internacional y Política española alicantina*, 2010, pp. 45-63.

La posición de España en la I Guerra Mundial ha suscitado menos atención historiográfica de la que cabría esperar. El desinterés por la política exterior que caracterizó a la historiografía española hasta las últimas décadas explica que la curiosidad de los investigadores se haya centrado más en el impacto del conflicto sobre el contexto interno español (economía, crisis política, nacionalismos) que en la respuesta gubernamental concreta a los problemas internacionales planteados por la guerra¹. Ciertamente, no se puede pasar por alto que la Gran Guerra tuvo una enorme repercusión económica, política y social en España, hasta el punto de poner en riesgo el sistema político de la Restauración. Las graves carencias de la monarquía liberal-parlamentaria quedaron de manifiesto al agudizarse por factores externos los problemas nacionales. El descontento de parte del ejército, las clases trabajadoras y amplios sectores de las clases medias estalló de manera simultánea en la llamada crisis de 1917; el régimen resistió, pero sufrió un embate tan fuerte que hizo aún más urgente una reforma que nunca llegó². Sin embargo, por importantes que fueran los efectos internos de la guerra, es preciso analizar también la respuesta oficial al conflicto bélico y a los cambios internacionales que produjo. Los primeros estudios trataron, sobre todo, la labor humanitaria de Alfonso XIII y la división de la opinión pública española, temas retomados en monografías más recientes³. Las investigaciones más novedosas han centrado su interés en los servicios de información, espionaje y contraespionaje; en relaciones bilaterales que apenas habían sido abordadas por la historiografía española (con EE.UU.) o en las repercusiones de la guerra sobre regiones concretas (Canarias)⁴.

¹ Fernando García Sanz: “España y la primera guerra mundial: síntesis de la política exterior durante la restauración” en *España entre repúblicas, 1868-1939: Actas VII Jornadas de Castilla-La Mancha sobre Investigación en Archivos*, Guadalajara, 2007, Vol. 2, pp. 703-5 y Manuel Espadas Burgos: “España y la Primera Guerra Mundial” en J. Tusell, J. Avilés y R. Pardo: *La política exterior de España en el siglo XX*. Madrid, Biblioteca Nueva-UNED, 2000, p.98.

² La visión más completa de la crisis en: Francisco J. Romero Salvadó: *España 1914-1918. Entre la guerra y la revolución*. Barcelona Crítica 2002.

³ Víctor Espinós Moltó: *Alfonso XIII y la Guerra. Espejo de Neutrales*. 1918; Julián Cortés Cavanillas: *Alfonso XIII y la guerra de 1914*. Madrid, 1976; Melchor Fernández Almagro: *Historia del reinado de Alfonso XIII*. Barcelona, 1977; Fernando Díaz-Plaja: *Francófilos y germanófilos. Los españoles en la guerra europea*. Barcelona, 1973; G.H. Meaker: “A Civil War of Words” en Hans Schmitt (Ed) *Neutral Europe between War and Revolution*. Charlottesville, Univ. of Virginia Press, 1988, pp. 1-65; Juan Pando: *Un rey para la esperanza: La España humanitaria de Alfonso XIII en la Gran Guerra*. Madrid, Temas de Hoy, 2002; David Martínez i Fiol: *Els “voluntaris catalans” a la gran guerra (1914-1918)*. Barcelona, Abadía de Montserrat, 1991.

⁴ F. García Sanz: “Información, espionaje y contraespionaje en España durante la I Guerra Mundial”, Eduardo González Calleja: “Los servicios de información franceses durante la I Guerra Mundial” y M^a Dolores Elizalde: “Los servicios de información británicos durante la I Guerra Mundial”, en *Revista de Historia militar*, nº extra 3 (2005), pp. 147-178, 179-226 y 227-259, respectivamente; Francisco J. Ponce Marrero: *Canarias en la Gran Guerra, 1914-1918. Un estudio sobre la política exterior de España*. Tenerife, Cabildo de Gran Canaria, 2006; José Antonio Montero: *El despliegue de la potencia americana. Las relaciones entre España y los Estados Unidos (1898-1930)*. Madrid, Tesis doctoral Universidad Complutense, 2006. Esta magnífica tesis complementa las de Ron M. Carden: *German Policy towards Neutral Spain, 1914-1918*. New York European History Series, 1986; A. Dobson: *Anglo-Spanish Relations in the First World War, 1914-1918*. Birmingham, Univ. of Birmingham, 1982.

Las páginas siguientes intentan aclarar el por qué de la neutralidad adoptada, los factores que la explican, qué tipo de neutral fue España, cómo evolucionó su posición y si se cumplieron los objetivos de política exterior de los gobiernos de la época.

I. LA DECISIÓN DE MANTENER A ESPAÑA NEUTRAL

Quizá la respuesta más perspicaz a estas preguntas la dio Manuel Azaña en 1917: “(...) La neutralidad española no ha sido ni es una neutralidad libre, declarada por el Gobierno y aceptada por la opinión después de un duro examen, (...) sino una neutralidad forzosa, impuesta por nuestra propia indefensión”⁵. El dilema para los gobiernos españoles no fue tanto la elección entre esta postura y la beligerancia sino, más bien, el grado de cumplimiento de la neutralidad.

Cuando estalló la guerra en agosto de 1914, tras la invasión de Serbia por Austria y la consecuente cascada de declaraciones bélicas, España no tenía intereses directos en juego. La doble ofensiva de los ejércitos imperiales alemán y austro-húngaro se dirigía hacia Francia y hacia Rusia. Era un conflicto continental que afectaba muy poco a los contextos mediterráneo occidental y atlántico norteafricano, donde estaban sus objetivos estratégicos y su compromiso militar marroquí⁶. Las grandes potencias beligerantes tampoco tuvieron interés en extender la guerra a la península ibérica; daban por buena la neutralidad, de la que podían beneficiarse para el abastecimiento de guerra. Por su parte, los gobiernos españoles no habían contraído compromisos internacionales que obligaran a una beligerancia en el conflicto. Desde 1898 su política exterior se había limitado a tratar de conseguir garantías internacionales para su territorio, pero sin contraer obligaciones exteriores gravosas, siguiendo la línea de lo que había sido el recogimiento de Cánovas. Los llamados acuerdos de Cartagena de 1907, con Francia y Gran Bretaña, se basaban en el compromiso tripartito de mantener el statu quo en el área atlántico-mediterránea en torno a Gibraltar, lo que aportaba cierta seguridad para los dominios españoles (insulares y africanos) y permitía a Gran Bretaña y Francia mantener el control del Estrecho de Gibraltar. No constituían una alianza activa que forzara a ayudar militarmente a sus supuestos socios protectores en caso de guerra⁷; aunque determinaba una forzosa proclividad hacia la Entente, como se vio en 1914. Porque, retener las posesiones extrapeninsulares dependía de la voluntad de Francia y Gran Bretaña, controladores de sus mares circundantes. Además, este último país tenía influencia decisiva sobre Portugal y su armada podía inmovilizar la marina española al disponer de las estaciones carboníferas intercontinentales. Por si fuera poco, el grueso del comercio español se realizaba con los dos socios de la Entente.

Por otra parte, la situación de debilidad interna no permitía entrever una postura distinta de la neutralidad. Las fuerzas armadas eran poco presentables: anticuadas, mal

⁵ Manuel Azaña: “Los motivos de la germanofilia”, discurso pronunciado en el Ateneo de Madrid, el 25 de mayo de 1917, en http://www.ateneodemadrid.net/biblioteca_digital/folletos/Disursos-002.pdf.

⁶ La Gran Guerra terminó involucrando a treinta y dos países. Se enfrentaron, en un bando, las llamadas potencias centrales (los imperios de Alemania, Austria-Hungría) más Turquía y Bulgaria, y en el otro bando, los “aliados”, hasta 28 países, agrupados en torno al núcleo inicial de la Entente franco-británica (1904) a la que se sumó Rusia (1907) y, desde 1914, Servia, Bélgica, Italia, Portugal, Japón, EEUU, etc.

⁷ El laxo compromiso contraído a través de las Declaraciones de Cartagena se manifestó en agosto 1914 cuando, a pesar de lo convenido en ellas (consulta ante cualquier amenaza al statu quo territorial para concretar apoyo diplomático), Madrid no fue contactada (F. Ponce Marrero: *Canarias... op.cit.* p.85). Este hecho parece ratificar la interpretación que hace F. García Sanz (*Historia de las relaciones entre España e Italia (1890-1914)*). Madrid, CSIC, 1994, p.314-5) sobre la limitada garantía obtenida en los citados acuerdos, frente a otros autores que han estudiado el tema. La discusión en Antonio Niño: “La política de alianzas y compromisos coloniales para la Regeneración internacional de España, 1898-1914” en J. Tusell, J. Avilés y R. Pardo (Eds.): *La política exterior.. op.cit.* pp. 70-77.

dotadas, poco profesionalizadas, con exceso de oficiales, ni siquiera capaces de hacer frente a la tarea de pacificar y ocupar el Marruecos español, donde servía más de la mitad del Ejército (unos 76.000 hombres). Ese compromiso militar impedía plantearse cualquier otro. Los planes de renovación de la Armada apenas habían dado frutos, la aviación era ínfima y el sistema de comunicaciones nefasto. Antes de 1914 los franceses ya interceptaban y descifraban las comunicaciones diplomáticas españolas. A esta situación objetiva se sumaba la división entre militares peninsulares y africanistas (ley de ascenso por méritos de 1910 y su corrupta aplicación), más el descontento profesional, una vez que la inflación hizo descender el nivel de vida general. Los mandos de bajo rango pasaron a integrar Juntas de Defensa, una especie de sindicato de oficiales, que resultó el elemento disparador de la crisis de 1917. Además, el estamento militar era el más sensible a la debilidad defensiva nacional (admiraban al ejército alemán, sobre todo los sectores más jóvenes) y sentía un especial resquemor por la cicatera actitud diplomática de Francia y Gran Bretaña hacia España desde 1898⁸.

La vulnerabilidad económica también desalentaba cualquier impulso belicista. La dependencia externa para el abastecimiento de materias primas básicas (algodón, carbón, petróleo, cereales) y manufacturas (maquinaria, productos químicos, etc.) era un grave problema en caso de bloqueo. El sistema político tampoco podía permitirse la presión de una guerra. Había sufrido una progresiva erosión desde la crisis de 1898. Los partidos del turno habían comenzado a perder pie en las ciudades. En Cataluña, regionalistas y republicanos controlaban desde 1905 la representación política. La crisis de 1909, por la “Semana Trágica”, había abortado el proyecto de Antonio Maura de una reforma del sistema y había supuesto la primera escisión de uno de los dos partidos dinásticos, el Conservador (el Liberal se dividió en 1917): otro síntoma del deterioro del sistema de la Restauración, cuyo funcionamiento clásico se hizo cada vez más difícil.

El gobierno tampoco se vio sometido a una presión en sentido belicista de la opinión pública, poco interesada en cuestiones internacionales por falta de cultura política y, en muchos casos, de alfabetización. La división entre aliadófilos y germanófilos, que conmovió sobre todo a las capas medias lectoras, periodistas, intelectuales y políticos, más sectores militantes e instruidos de las clases trabajadoras, se asentó sobre la controversia de los años anteriores a 1914 acerca de la orientación internacional más conveniente a España y se fue agravando como consecuencia de la propaganda masiva que empezaron a difundir los beligerantes y del impacto de la campaña submarina alemana; sin embargo, en las agrias discusiones sostenidas, la neutralidad apenas se cuestionó. Entretanto, la masa rural e iletrada permaneció más indiferente, con seguridad aliviada de que el país se mantuviera al margen de la guerra; bastante tuvo con la preocupación por el deterioro de su capacidad adquisitiva.

En estas circunstancias, el gobierno proclamó la neutralidad oficial el 7 de agosto de 1914. En ese momento la postura española coincidió con las de EE.UU. y las otras repúblicas americanas, las democracias escandinavas (Suecia, Noruega, Dinamarca), Holanda, Bélgica y Luxemburgo (los dos últimos países invadidos pronto por Alemania), Suiza, más los países del sur de Europa y el Mediterráneo. Este grupo meridional, sin embargo, terminó declarándose beligerante por objetivos irredentistas y problemas políticos varios de sus gobiernos, en muchos casos ajenos al sentir colectivo de sus respectivas sociedades: Turquía (1914) y Bulgaria (1915) en apoyo de las potencias centrales, Italia, Portugal (1916), Rumanía (1916) y Grecia (1917) a favor de los aliados de la Entente⁹.

⁸ Cif. C.Boyd: *La política pretoriana en el reinado de Alfonso XIII*. Madrid, Alianza, 1990.

⁹ Bulgaria perseguía resarcirse de la última guerra que había recortado su territorio, con sus enemigos (Serbia, Rumanía y Grecia) en el bando aliado. Italia, tras la ocupación de Libia en 1912 (por la presión

En España, el jefe de Gobierno, el conservador *idóneo* Eduardo Dato, sólo se planteaba alterar la neutralidad en caso de que las presiones exteriores lo hicieran inevitable. Su máxima aspiración era que una acción mediadora de España (sola o con otros neutrales), en un conflicto que se preveía corto, permitiera situar la sede de la conferencia de paz final en España; de esa manera, tal vez, se podría obtener algún beneficio diplomático extra, imposible de lograr de otra forma, dados los inconvenientes de una beligerancia plena. Era el reconocimiento de la impotencia económica y militar propia, de los limitados intereses nacionales implicados en el conflicto continental, pero también de la aspiración a un mayor protagonismo internacional para el país, latente desde 1898:

“Abrigamos el propósito de no salirnos voluntariamente de las normas de conducta que trazamos al estallar la conflagración. De la neutralidad sólo nos apartaría una agresión de hecho o una conminación que se nos dirigiese en términos de ultimátum (...) ¿Nos empujarán los aliados a tomar partido con ellos como contra ellos? No lo espero... Y no lo temo porque deben saber que carecemos de medios materiales y de preparación adecuada para auxilios de hombres y elementos de guerra, y que aun en el caso de que el país se prestase a emprender aventuras (...) tendría escasa eficacia nuestra cooperación. (...) ¿No serviremos mejor a los unos y a los otros conservando nuestra neutralidad para tremolar un día la bandera blanca y reunir, si tanto alcanzásemos, una Conferencia de paz en nuestro país que pusiera término a la presente lucha?”¹⁰.

En torno a 1914 la toma de decisiones sobre política exterior estaba en manos de una reducida elite de la que sólo formaban parte el rey, el jefe de gobierno y su ministro de Estado correspondiente, más algunos diplomáticos. Era la época de la diplomacia secreta y, a veces, ni siquiera el gobierno que llegaba al poder conocía los últimos movimientos de su antecesor¹¹. Sin embargo, en el tema de la guerra, hubo un rápido consenso entre la clase política más próxima al poder acerca de la necesidad de evitar la entrada en el conflicto. En el Partido Conservador, Antonio Maura, la otra gran figura, también apostaba por no abandonar voluntariamente la neutralidad; postura respaldada en el Partido Liberal por Manuel García Prieto (Marqués de Alhucemas), tres veces primer ministro en la guerra y por Miguel Villanueva, futuro Ministro de Estado del otro preboste liberal, el Conde de Romanones. En la oposición, el PSOE de Pablo Iglesias y la Lliga Regionalista de Francesc Cambó secundaron la postura del gobierno, como se reflejó en la sesión de las Cortes de 30 de octubre de 1914 dedicada al tema. Desde entonces hubo acuerdo entre los dos partidos de turno para evitar nuevos debates sobre el asunto en la Cámara, al objeto de no contribuir a la polarización de la opinión pública¹².

de los nacionalistas), el Dodecaneso y Rodas, aspiraba a recuperar el Trentino y Trieste, así como a ampliar sus posesiones con Friuli, Istria, Dalmacia, Albania y las colonias africanas de Alemania. Grecia buscaba crecer a costa de Turquía (en Tracia y Asia Menor), con el país dividido (el rey frente a Venizelos) y sometido a la presión británica. Rumanía quería el Banato, Transilvania, Bukovina y Besarabia. Portugal perseguía proteger sus colonias africanas, equilibrar su relación con Gran Bretaña, un reaseguro frente al peligro español y un refuerzo para el joven régimen republicano. Participó con una débil fuerza expedicionaria que sufrió una terrible derrota en Flandes: A. Telo e H.de la Torre: *Portugal y España en los sistemas internacionales contemporáneos*. Mérida, Junta de Extremadura, 2003, pp.96-100.

¹⁰ Carta de Dato a Maura de 25 agosto 1914 en G. Maura - M. Fernández Almagro: *Así cayó Alfonso XIII*. Madrid Ambos Mundos, 1948 (2ª), pp.472-3.

¹¹ Antonio Niño: “La política de alianzas...”, *art.cit.* pp. 38-41.

¹² Vid. F.J. Romero: *España, 1914-1918...*, *op.cit.* pp. 7-8.

Sólo algunos líderes, los más preocupados por que España tuviera un mayor peso internacional, se plantearon la posibilidad de utilizar la coyuntura bélica para conseguir ganancias diplomáticas mayores: viejas o nuevas reivindicaciones (Tánger, Gibraltar, libre intervención en Portugal) podrían alcanzarse si España participaba en la futura negociación sobre la posguerra con algún mérito bélico; porque, por la vía diplomática tradicional, todo habían sido frustraciones hasta 1914. Quienes se mostraron más abiertos a la opción oportunista fueron el rey Alfonso XIII y el Conde de Romanones. Este último abogó desde muy pronto por un más claro apoyo a los aliados de la Entente, aunque sin llegar a entrar en guerra (una especie de *no beligerancia*, como la adoptada por Franco en junio de 1940 durante la II Guerra Mundial) y cuando llegó al gobierno se planteó en serio la ruptura con Alemania¹³. Por su parte, Alfonso XIII, pesaroso por la irrelevancia internacional de España, ya había intentado en 1913 elevar el nivel de compromiso con la Entente, con ofertas de cooperación militar en caso de guerra, a cambio de libertad de acción en Portugal; pero la falta de confianza francesa en la aportación española y la negativa británica a perjudicar a su aliado tradicional portugués ya impidieron entonces un acuerdo, como volvió a suceder hasta 1918¹⁴.

Durante la guerra, el rey, con una situación familiar compleja (madre austriaca y esposa británica), siguió trabajando para dar protagonismo a España a partir de tres líneas de acción: sus maniobras diplomáticas en busca de alguna oferta aprovechable de los beligerantes, su posible papel como mediador y su labor humanitaria. De ellas, sólo se concretó la última: en mayo de 1915 creó un organismo de información (Oficina Pro Captivis del Palacio Real), dirigida por el Marqués de Torres Mendoza, sobre el paradero de prisioneros soldados y civiles desaparecidos, refugiados, rehenes o deportados, que tramitó indultos, canjes y repatriaciones de soldados heridos o enfermos y trató de suavizar la situación de prisioneros de guerra y población ocupada. Su labor se reforzó con el encargo a España de la protección de intereses de países beligerantes de ambos bandos en naciones hostiles¹⁵. Las tentativas de mediación, en cambio, quedaron eclipsadas por la figura del Presidente T. Woodrow Wilson y la emergencia de EEUU como gran potencia. El rey fracasó en sus intentos de concertación con este país (octubre de 1914 y enero 1915), en la iniciativa hispanoamericana de marzo de 1915 (sólo secundada por Colombia al realizarse a espaldas de Washington) y, en diciembre de 1916, cuando fue desautorizado por su propio gobierno. Por otra parte, la inicial actitud aliadófila de Alfonso XIII, se templó a lo largo de la guerra. En su evolución hacia una mayor equidistancia influyeron las constantes presiones de los Aliados, la escasa atención prestada a las sucesivas ofertas españolas, la frustración por la actitud de Portugal (su beligerancia alejaba cualquier posible influencia española), más el temor por el impacto negativo de la revolución rusa y el miedo al efecto de una derrota de los

¹³ Romanones hizo explícita su posición en el famoso artículo “Neutralidades que matan” (*Diario Universal* 19-8-1914), matizada poco después en *El Imparcial* (4-9-1914) y, sobre todo, en su discurso de Palma de Mallorca del 18 abril de 1918. Vid. F.J. Romero: *España, 1914-1918...*, *op.cit.* p.25. Este autor considera que diplomáticos como Manuel González Hontoria y Juan Pérez Caballero coincidían con el Conde. Cabría añadir a Fernando León y Castillo: Cif. Víctor Morales Lezcano: *F. León y Castillo, embajador, 1887-1918. Un estudio sobre la política exterior de España*. Las Palmas, 1998.

¹⁴ Cif. Hipólito de la Torre: *El Imperio del Rey. Alfonso XIII, Portugal y los ingleses, 1907-1916*. Mérida, 2002 y Antonio Niño: “El rey embajador”, en Javier Moreno Luzón: *Alfonso XIII. Un político en el trono*. Madrid, Marcial Pons, 2003, pp.239-276.

¹⁵ Vid. J. Pando: *Un rey para...* *op.cit.* pp. 245 y ss. y 365 y ss, más los libros citados en la nota nº 3. También Nuño Aguirre de Cárcer (Ed.): *La Neutralidad de España durante la Primera Guerra Mundial, 1914-1918. Bélgica*. Madrid, MAE, 1995 y Álvaro Lozano Cutanda: “Algunas gestiones de mediación del Marqués de Villalobar durante la Primera Guerra Mundial” en, *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie V, t.17 (2005), pp.93-117.

imperios alemán y austro-húngaro en la suerte de las coronas europeas, en plena crisis interna española. Además el rey cuidó siempre su amistad con Guillermo II: su relación personal sirvió para compensar la actitud aliadófila de los gobiernos españoles, sobre todo mientras el resultado final de la guerra se mantuvo incierto¹⁶.

II. LA ESPERANZA DE UNA GUERRA BREVE SE DESVANECE

La posibilidad de una guerra corta, con una solución pacífica en forma de mediación se esfumó pronto. Alemania no pudo aplastar a las tropas aliadas en el frente occidental y desde octubre de 1914 comenzó una larga batalla de desgaste en la línea del Marne; en el Este, el frente ruso también se detuvo al llegar el invierno. La actuación del gobierno Dato fue cauta. Preparó la compra de suministros básicos en EEUU, ante los problemas de desabastecimiento que se avecinaban y en sustitución del mercado alemán, cerrado desde noviembre por el bloqueo británico en la zona del Mar del Norte¹⁷. También optó por mantener el modesto programa de modernización de la Armada en marcha, urgente para garantizar la neutralidad española con una vigilancia eficaz de costas y aguas territoriales. En noviembre de 1914, por presión inglesa, Dato también asumió la XIIIª Convención de la Conferencia de Paz de La Haya de 1907 sobre actuación de neutrales en caso de guerra marítima, que obligó a demarcar las aguas territoriales en las 3 millas. Pronto hubo que internar a los primeros barcos mercantes alemanes refugiados en puertos españoles por la sospecha de ser buques auxiliares de guerra y se prohibió el envío y recepción de mensajes cifrados desde las estaciones radiotelegráficas españolas¹⁸.

La proclividad hacia los aliados de la Entente se materializó desde el inicio de la guerra. Se dieron seguridades a Londres de que España no tenía intención de actuar en Portugal y, a París, de que Francia podía retirar las tropas de la frontera común (seis divisiones, unos 150.000 soldados), en la seguridad de una actitud amigable por parte española. Es más, el rey Alfonso XIII puso a disposición francesa las tropas del general Silvestre (55.000 hombres), gobernador de la zona de Larache, para que el Residente General francés Lyautey las utilizara contra El Raisuni, caudillo yebalí que había aprovechado la coyuntura para declarar la guerra santa al colonialismo francés; aunque la oferta fue rechazada. El rey también mandó abrir en secreto el túnel de Canfranc para hacer llegar con más rapidez los convoyes de mulas y caballos para el ejército anglo-francés. Además el comercio español (mercurio, minerales estratégicos, más alimentos), se orientó desde el inicio hacia los aliados, frente a la actitud de los neutrales del norte de Europa que se convirtieron en abastecedores de Alemania¹⁹.

¹⁶ Vid. J.A. Montero: *El despliegue de... op.cit.* pp. 33, 39 y 240-254 y F.J. Romero: *España, 1914-1918...*, *op.cit.* pp.15-16 y 156-8.

¹⁷ Desde 1916 las importaciones de EEUU sobrepasaron las compras hechas en Gran Bretaña y Francia, aunque fueron estos dos países los que siguieron adquiriendo la mayoría de las exportaciones españolas. A partir de 1917 la dependencia del aprovisionamiento procedente de EEUU fue enorme. Al final de la guerra, EEUU había logrado penetrar en el mercado español y estaba en posición de competir con Gran Bretaña y Francia. Vid. J.A. Montero: *El despliegue de... op.cit.* pp. 170 y ss.

¹⁸ Los barcos de guerra de países beligerantes podían permanecer en un puerto neutral sólo para reparar averías. Una vez operativos debían abandonarlo en 24 horas, con el combustible mínimo para llegar al puerto más próximo de su país. Los barcos neutrales con contrabando de guerra (armas, alimentos, ropa y calzado militar) no podían ser destruidos, sino conducidos a puerto, a menos que intentasen escapar y, en ese caso, debía ponerse a salvo a su tripulación. Cuando fueran hundidos ilegalmente se podía exigir indemnización. Los beligerantes debían abstenerse de realizar actos de guerra en territorio o aguas de países neutrales. Vid. F.J. Ponce: *Canarias...*, *op.cit.*, pp.110-112.

¹⁹ Vid. "Lema a Polo de Bernabé, 2-11-1914" en AMAE 3055 y, sobre todo, "Romanones a Alfonso XIII, 1-9-1916", transcritos en H. de la Torre: *El imperio del Rey...*, *op.cit.* pp. 253, 273-281 y p.145; J.Pando: *Un rey para... op.cit.* pp. 97-102 y M.D. Elizalde: *art.cit.* p. 245.

Alemania se contentaba con que España no alterase su status neutral, sin embargo, lanzó una temprana oferta para calcular el precio de la beligerancia española. A través de su embajador Max von Ratibor prometió Tánger, Gibraltar y libertad de acción en Portugal. Este ofrecimiento, aunque rechazado de plano por el gobierno, dio pie para que el rey Alfonso XIII tantease (desde marzo de 1915) a los gobiernos de Londres y París por si había una contraoferta aprovechable. Para los británicos, el apoyo bélico de España (50.000 soldados, algunos buques de guerra y la utilización de los puertos españoles) sólo suponía un ligero refuerzo a la supremacía marítima franco-británica en el Mediterráneo y un transporte comercial algo más seguro. Pero los suministros españoles, su principal objetivo, no corrían riesgo con una España neutral. Estudiaron hasta diciembre de 1915 la posibilidad de ceder Tánger a España (si Francia estaba de acuerdo) o un cambio de Ceuta por Gibraltar, pero no lo discutieron en serio por la falta de confianza en la capacidad española de mantener el orden en Marruecos. Decidieron esperar un ofrecimiento español para precisar contrapartidas: nunca llegó. Dato ni siquiera se lo planteó. Por otra parte, la entrada en guerra de Italia (en mayo) enfrió cualquier tentativa de presionar a España²⁰. Desde 1915 el principal objetivo de los aliados fue evitar que las potencias centrales encontrasen en España colaboración.

Conforme el conflicto se prolongó y se perfeccionó el bloqueo marítimo de ambos bandos para dificultar el abastecimiento del contrario en la nueva guerra de desgaste, la importancia de España como suministradora de los aliados aumentó. Desde marzo de 1915, los submarinos alemanes comenzaron a torpedear cualquier barco con destino a países enemigos que entrase en la zona prohibida marcada frente a las costas británicas y francesas, área estratégica para el transporte comercial español. El primer mercante nacional hundido fue el *Isidoro* en agosto. Las protestas elevadas por el gobierno desde entonces no sirvieron de mucho, porque Berlín conocía de sobra que Madrid no tenía capacidad de represalia, en cambio los ataques alemanes podían evitar un mayor alineamiento de España con los aliados de la Entente²¹. La estrategia alemana, aparte de pérdida de barcos y hombres, supuso nuevas dificultades comerciales, con graves repercusiones socio-políticas. El efecto económico de la guerra ya se hizo patente a lo largo de 1915: forzó un proceso de sustitución de importaciones que facilitó el desarrollo de algunos sectores industriales, mineros y de transporte marítimo, se incrementaron las exportaciones a los beligerantes y se crearon nuevas sociedades y entidades bancarias; pero el crecimiento sólo benefició a regiones y estratos sociales muy concretos. En conjunto, el proceso inflacionista que se generó por la escasez de algunos productos (incluidos los de primera necesidad) y la creciente demanda de otros por parte de los países beligerantes incrementó la tensión social hasta un nivel explosivo, al dañar el ya precario nivel de vida, sobre todo de las clases trabajadoras tanto rurales como urbanas. La incapacidad para hacer frente a los problemas de carestía y escasez provocó la caída del gobierno Dato y su relevo en diciembre de 1915 por un gabinete liberal presidido por el Conde de Romanones.

²⁰ Los británicos ya contaban con Gibraltar y con la segura colaboración portuguesa. Además, si los españoles no lograban estabilizar militarmente su zona marroquí terminarían dando la excusa a Francia para hacerse con Tánger y el control del sur del Estrecho por Francia no les interesaba en absoluto. Vid. J. Tusell y G. García Quepo de Llano: *Alfonso XIII. El Rey Polémico*. Madrid, Tahúras, 2001, p.285-8; F.J. Romero: *España, 1914-1918...*, *op.cit.* pp.23-26; J. A. Montero: *El despliegue de la potencia...* *op.cit.* pp. 133-6; H. de la Torre: *El Imperio del Rey...*, *op.cit.*, pp.157-60; M.D.Elizalde: *art.cit.* pp.233 y 250-1; F.J.Ponce: *Canarias...*, *op.cit.*, pp.96-97.

²¹ Sobre el tema, remitimos a Jesús Perea: "Guerra submarina en España, 1914-1918" en *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie V t. XVI (2004), pp.193-229; para su reflejo en Canarias, F.J.Ponce: *Canarias...*, *op.cit.*, pp.123 y ss.

Entretanto, la opinión pública ilustrada y militante, sobre todo en las ciudades, había empezado a tomar partido. El enfrentamiento de germanófilos y aliadófilos fue más dinámico de lo que se creyó en principio, al verse influido no sólo por valores ideológicos y religiosos, sino también por los cambios bélicos (guerra submarina) y los intereses socio-económico afectados por la guerra²². En general, germanófilos fueron buena parte del ejército, la iglesia católica, la aristocracia, las elites terratenientes, un sector de la Corte, más el grueso de los partidos carlista y maurista, que veían en el triunfo de las potencias centrales la defensa de sus valores de monarquía, disciplina social, autoridad, orden y religión. Eran francófilos y anglófilos por lo que significaba el laicismo francés (no olvidar el caso Ferrer) y, más aún, por el tema colonial (1898, Gibraltar, Marruecos). En ese sentido, como ha señalado Hipólito de la Torre, la discusión en torno a la guerra era continuación de la que se sostenía desde 1904 en torno a la orientación exterior de España: quienes apostaban por romper de una vez con la tutela franco-británica y dar lustre internacional a España se alinearon en la germanofilia y aceptaron la neutralidad oficial²³.

Frente a ellos se situaban quienes preferían el triunfo de las democracias (Francia era el símbolo de la libertad por excelencia) como un refuerzo de su propia lucha por esos ideales en el país: políticos de mentalidad liberal, republicanos de todos los matices (desde Alejandro Lerroux hasta los accidentalistas del Partido Reformista dirigido por Melquíades Álvarez), socialistas, regionalistas, intelectuales como Miguel de Unamuno, Benito Pérez Galdós, Ramón del Valle Inclán y, sobre todo, quienes formaron la llamada Generación de 1914 (Ramón Pérez de Ayala, Manuel Azaña, José Ortega y Gasset, etc.); así como profesionales y hombres de negocios, en general. Para estos sectores los intereses internacionales españoles (más limitados que para sus oponentes) se defendían mejor con una estrategia negociadora con Gran Bretaña y Francia, pues era imposible hacerlo en su contra. La división que propone F.J.Romero, entre una rural y atrasada Castilla (centro y sur de España) germanófila y una dinámica periferia marítima aliadófila, por las relaciones comerciales de sus sectores exportadores (agrios, minería cantábrica e industria catalana) con los aliados, parece simplificadora; aunque se cumple en el caso de Canarias, cuya dependencia económica de Gran Bretaña era absoluta. En ese sentido, parece atinada la opinión de un cónsul norteamericano en octubre de 1917 cuando sentenció que: “el pueblo español, según está representado en este distrito, es *pesetófilo*, y no germanófilo o aliadófilo”²⁴.

La discusión pública entre ambos sectores de opinión se centró en el grado de acatamiento de la neutralidad. Los aliadófilos reclamaron mayor compromiso oficial con el bando de la Entente, mientras que los germanófilos se escondieron tras la defensa de una neutralidad estricta, que beneficiaba a las potencias centrales. En los partidos dinásticos, cuyos medios de prensa trataron de mostrar neutralidad, también se señalaron simpatías: entre los liberales, los *romanonistas* fueron más proaliados y los partidarios del Marqués de Alhucemas más germanófilos; entre los conservadores, Dato y su ministro de Estado, el Marqués de Lema, fueron de los más aliadófilos. Sólo los anarcosindicalistas de la CNT se negaron a tomar partido, al condenar la guerra como una lucha capitalista, a pesar de la posición aliadófila de algunos líderes anarquistas europeos. Hasta 1916 sólo los alemanes se preocuparon por la propaganda en España, en su esfuerzo para mantener la neutralidad española. Desde noviembre de 1914

²² Vid. las obras citadas de F. Díaz-Plaja, G.H. Meaker y M. Espadas, así como Paul Aubert: “La propagande étrangère en Espagne pendant la Première Guerre mondiale” en *Espanoles y Franceses en la primera mitad del siglo XX*. Madrid, CSIC, 1986, pp. 357-411.

²³ H. de la Torre y A.J. Tello: *Portugal y España... op.cit.* pp.251-2.

²⁴ Citado por J. A. Montero: *El despliegue de la potencia... op.cit.* p. 150.

establecieron un servicio de noticias que distribuía material a todo el país, para contrarrestar a Fabra, filial de la francesa Havas. Al principio se sirvieron de los periódicos más conservadores, pero terminaron subvencionando y controlando a más de quinientos medios (el alto precio y la escasez de papel lo facilitaron), con gran capacidad para divulgar sus argumentos y confundir a la opinión pública. La reacción franco-británica tardó en llegar. Se produjo de forma coordinada desde 1916; en 1917 crearon la Liga Antigermanófila, su plataforma pública, y en 1918 llegaron a contar con casi cien publicaciones favorables²⁵.

La llegada de Romanones al gobierno supuso un leve cambio de orientación. Desde principios de 1916, aunque el discurso público del Conde siguiera anclado en la neutralidad, su plasmación fue más abiertamente favorable a los aliados. A sus ideas sobre la necesidad de superar el tradicional aislamiento español, se unía razones económicas nacionales (controlar la inflación y la escasez) y, tal vez, personales (por sus acciones en empresas mineras). Muy pronto, la embajada alemana informó de un incremento de exportaciones estimadas como contrabando a favor de los aliados, de dificultades en sus acciones antifrancesas (apoyo a los rebeldes Raisuni y, en especial, Abd-el Malek) en Marruecos²⁶, así como de la mayor libertad de maniobra y presión de las fuerzas navales británicas, sobre todo en Canarias. La reacción alemana fue endurecer su posición hacia el gobierno español e intensificar, a lo largo de 1916, su programa de infiltración, sabotaje y espionaje, dirigido desde diciembre de 1915 por Wilhelm Canaris, futuro almirante y jefe del servicio de contraespionaje nazi. Los alemanes habían organizado en España desde 1914 eficaces redes de información (en Bilbao, Barcelona, Valencia, Málaga, Huelva y Canarias) gracias a la colaboración de la numerosa colonia alemana residente en España (entre 70.000 y 80.000 miembros), a la complicidad de autoridades locales y al ambiente de corrupción del momento. Su estrategia fue perjudicar en lo posible los intereses aliados fomentando la tensión socio-política en el país y, si era posible, contribuyendo a derrocar un gobierno considerado hostil. Para ello, no sólo incrementaron las sumas de dinero destinadas a comprar prensa de todos los matices en 1916-1917 (en un mes de 1916 gastaron lo que Gran Bretaña en todo ese año), sino que se infiltraron en grupos anarquistas para promover huelgas, agitación social y sabotajes contra los envíos comerciales a los aliados. También crearon dispositivos en las costas mediterráneas españolas para facilitar información y abastecimiento a los submarinos alemanes que actuaban en el Mediterráneo y Canarias.

²⁵ Los medios germanófilos acusaban al gobierno de permitir el contrabando y la colaboración con los aliados, prolongando así la guerra y, con ella, la inflación y los problemas sociales en España. La lucha por la supervivencia justificaba la acción de los submarinos de Alemania, país sostén de la monarquía y el orden, frente al peligro revolucionario y republicano que se escondía tras un triunfo de los aliados, con la República de Portugal y el proceso ruso como ejemplos. Fueron germanófilos: el monárquico *ABC*, el maurista *La Acción*, el carlista *El Correo Español*, *El Siglo Futuro*, los católicos *El Debate* y *El Universo*, los conservadores *Tribuna* y *La Nación*; el liberal *La Mañana* (Marqués de Alhucemas), *El Día* (de Alcalá Zamora); *Solidaridad Obrera* de la CNT, *Acción Anarquista* y la revista *Rebeldías*, más el republicano de extrema izquierda *España Nueva* y la revista jesuita *Razón y Fe*. Frente a los aliadófilos: *La Época* (E.Dato) y los liberales *El Diario Universal* (Romanones), más *El Liberal de Madrid*, *Heraldo de Madrid*, *La Correspondencia de España* y *El Imparcial*; las publicaciones de izquierda *España* (L.Araquistain), los republicanos *El País* y *El Parlamentario*; también *El Progreso* (A.Lerroux) y *El Socialista*.

²⁶ Parece, sin embargo, que las autoridades militares coloniales españolas en Marruecos y Guinea, de claro sentir antifrancés, no colaboraron con su gobierno. Por malicia o debilidad, el Alto Comisario nunca controló las redes de espionaje alemanas en Tetuán, Larache y Melilla: Gómez Jordana pretendió nombrar gran visir de Tetuán a Raisuli. Vid. E. González Calleja: *art.cit.* pp. 210-11 y F.J. Romero: *España, 1914-1918...*, *op.cit.* pp. 82-7.

En febrero de 1917, por ejemplo, se descubrió que un submarino alemán había depositado cerca de Cartagena cajas con explosivos, detonadores y propaganda²⁷.

La eficacia alemana y su capacidad de desestabilización interna en España obligaron a británicos y franceses a redoblar el esfuerzo de sus servicios de información y contraespionaje, apoyados desde abril de 1916 por los italianos y, al año siguiente, por los norteamericanos. Ante la falta de medios del estado español para controlar sus aguas y proteger su estatuto neutral, el contraespionaje aliado trabajó como un verdadero servicio de vigilancia costera, postal y telegráfica. No paró de denunciar supuestas irregularidades de los navíos enemigos internados, actividades ilegales de los agentes alemanes, etc. y de presionar para que España restringiese la libertad de maniobra de los submarinos alemanes²⁸. Así que, a pesar de la actitud amistosa del ejecutivo de Romanones y de que nunca se pudo probar que el gobierno español estuviese incumpliendo sus deberes como neutral, se creó una imagen negativa de España como amigo dudoso de los aliados. La gota que colmó el vaso fue el incidente de un submarino alemán (U-35), que fondeó en Cartagena en junio de 1916, fue recibido con todos los honores por las autoridades portuarias y abastecido de combustible y provisiones²⁹. La reacción franco-británica fue amenazar con ocupar los puertos españoles. Romanones hizo entonces nuevos gestos a favor de los aliados: condenas por las violaciones alemanas de las leyes internacionales, exigencia de diez barcos alemanes para compensar las últimas agresiones alemanas y petición a Berlín de que ningún submarino se acercase a puertos españoles para evitar las reclamaciones de Francia y Gran Bretaña. Sin embargo, ni estos países se sintieron satisfechos, ni Alemania dio tregua.

En principio, el gobierno de Berlín accedió a otorgar salvoconductos para mercantes y unos pasillos de seguridad para su navegación, pero la medida quedó sin efecto desde febrero de 1917, cuando comenzaron los ataques, sin previo aviso, a cualquier buque neutral que se dirigiera a puerto enemigo. Era la guerra submarina a ultranza, último recurso para inclinar la contienda a favor de las potencias centrales. Los hundimientos de barcos españoles aumentaron (8 hasta el otoño de 1916 y 31 desde entonces a abril de 1917, total 80.000 tm) con graves perjuicios para los exportadores nacionales. Además, la nueva estrategia alemana implicaba una ampliación unilateral de la zona de guerra que afectó las comunicaciones con América, cortó el tráfico marítimo directo con la Guinea Española y redujo los caladeros de pesca canarios³⁰.

La irrelevancia diplomática de la neutral España había quedado demostrada también poco antes, en diciembre de 1916, cuando llegó una oportunidad de mediación. Alemania ofreció negociar pero, al tiempo, amenazó con una guerra total si no era aceptada su propuesta. La réplica fue una nota del Presidente W. Wilson a los beligerantes para que hicieran públicos sus objetivos de guerra como punto de partida para una negociación de paz. EEUU pidió a España que se sumase a la iniciativa. Alfonso XIII se brindó para utilizar su inminente viaje a Viena, al funeral del emperador Francisco José, con posible parada a la vuelta por París, para hablar con ambas partes y

²⁷ Vid. F. García Sanz: "Información...", *art.cit.*, pp. 150-167.

²⁸ España intentó coordinarse con EEUU sin éxito. Vid. J. A. Montero: *El despliegue de la potencia...* *op.cit.* pp. 177-183, F.J. Romero: *España, 1914-1918...*, *op.cit.* pp.79-80 y E. González Calleja: *art.cit.* pp. 202 y ss.

²⁹ En teoría era portador de una carta de agradecimiento del Káiser a Alfonso XIII por el tratamiento de favor dado a los militares alemanes (unos 1300) que habían pasado a rendirse a Guinea Española una vez perdida la colonia de Camerún donde servían: 900 de ellos habían sido trasladados a España en mayo 1916, donde fueron internados. Vid. J. Perea: *art.cit.*, pp. 211-3; F. García Sanz: "Información...", *art.cit.* p.176, J. A. Montero: *El despliegue de la potencia...* *op.cit.* pp. 188-9 y F.J. Ponce: *Canarias...*, *op.cit.*, p.99.

³⁰ J. Perea: *art.cit.* pp.206-8.

diseñar una propuesta de paz. Pero Gran Bretaña y Francia presionaron a fin de que España no se adhiriera a la iniciativa norteamericana. Romanones, que no quería defraudar a los aliados de la Entente y tampoco veía con buenos ojos un proyecto ajeno a la diplomacia española, rechazó sin ningún tacto la propuesta de Wilson y frenó cualquier movimiento de Alfonso XIII³¹.

Desde entonces a abril de 1917 arreció la campaña de los medios de prensa germanófilos contra Romanones: le vincularon al contrabando, le acusaron de belicista, de ser el culpable de la situación económica y de los hundimientos. Para frenar la maniobra, el conde escenificó una dimisión que no le fue aceptada. Mientras, los aliados siguieron protestando por la ineficacia gubernativa en el control de las actividades de espionaje y sabotaje alemán. Además, en febrero de 1917, a raíz de la nueva guerra submarina, EEUU rompió relaciones con Alemania, secundado por otras repúblicas hispanoamericanas: una bofetada para la diplomacia española y un seguro pronóstico de nuevas dificultades comerciales, porque EEUU se había convertido desde 1916 en el primer proveedor del país³². En esa compleja coyuntura externa, pero también interna, Romanones quiso seguir el ejemplo de W. Wilson: a través de su embajador en París, ofreció a los aliados la ruptura de relaciones con Alemania, apertura de los puertos españoles, expulsión de espías alemanes y contribución al esfuerzo de material de guerra, sin llegar a la intervención militar, a cambio de Tánger, Gibraltar y vía libre en Portugal. Romanones quería aprovechar la situación y salir de la neutralidad estricta para obtener algo al final de la guerra y, al tiempo, distraer a la opinión pública interior. Antes de que llegase una respuesta clara de los aliados de la Entente, se produjo en marzo la caída del zar en Rusia y, en abril, la definitiva entrada en guerra de EEUU, más nuevas complicaciones internas: fracaso definitivo de la reforma fiscal de Santiago Alba, agitación obrera en su punto culminante –amenaza de huelga general–, actitud antisistema de la burguesía catalana reformista, irritación de parte de la oficialidad militar y el cierre de las Cortes. Aunque la causa aliada adoptaba un peligroso tono antimonárquico (jaleado por la prensa germanófila), Romanones pareció decidido a romper con la neutralidad cuando el 6 de abril un submarino alemán hundió el *San Fulgencio*, cargado de carbón inglés. Sin embargo, no dio el último paso. Los aliados (sobre todo Gran Bretaña) no terminaron de aceptar las peticiones españolas (tal vez Tánger, ni hablar de Gibraltar). Tenían suficiente capacidad de presión para conseguir sus objetivos con una España neutral: amenazas con cortes en el suministro de carbón, listas negras de empresarios proalemanes, redes clandestinas de transporte y compra de productos españoles, etc. Además, Romanones no fue secundado por los principales políticos dinásticos –incluida una parte de su gobierno–, amilanados por lo sucedido en Rusia, el clima de violencia social europeo y la tensa situación española. El Conde fue desautorizado por la prensa militar y por el rey, quien encargó formar gobierno a su rival, el liberal Manuel García Prieto, Marqués de Alhucemas, el 19 de abril de 1917³³.

³¹ Vid. J. A. Montero: *El despliegue de la potencia... op.cit.* pp. 240-254.

³² Para mejorar el problema del abastecimiento, Romanones firmó en marzo de 1917 un tratado comercial con Gran Bretaña: este país concedía permisos para la importación de 150.000 Tm de carbón y 300 tm de hojalata al mes, a cambio de que se siguiera exportando hierro desde España y se permitiera el uso de 400.000 tm de barcos españoles. Entonces, la balanza comercial española con los dos bandos era de 1,391 millones de pesetas con los aliados y 284,7 con las potencias centrales. Vid. F.J. Romero: *España, 1914-1918...*, *op.cit.* pp. 93-99 y, sobre todo, J. A. Montero: *El despliegue de la potencia... op.cit.* pp. 135-138.

³³ La situación en 1917 no había cambiado mucho para los aliados respecto de 1916, cuando (no está claro si por iniciativa de Romanones o de los aliados de este bloque) se retomaron las conversaciones sobre las recompensas que podían ofrecer los gobiernos de Londres y París a cambio de una neutralidad más benévola o una beligerancia a su lado. De nuevo la beligerancia española no corría prisa y ninguno

III. LA AGONÍA DE UN NEUTRAL

Hasta el final de la guerra, los gobiernos españoles se vieron cada vez más atrapados entre los dos bandos beligerantes. Alemania siguió hundiendo barcos y utilizando la propaganda y las acciones encubiertas con fines desestabilizadores para perjudicar a los aliados de la Entente. Éstos últimos, mucho mejor coordinados (EEUU asumió pronto la línea dura de sus socios³⁴), exigieron a España tratos comerciales preferentes, a fin de asegurarse un abastecimiento no gravoso para su esfuerzo de guerra, y máxima firmeza frente a las violaciones de la neutralidad española del enemigo; al tiempo que restringían sus exportaciones a España (en especial EEUU, su proveedor principal) hasta extremos insoportables, reclamando incluso créditos para sus compras y el uso de barcos españoles³⁵. Todo ello en medio de la mayor crisis socio-política del régimen de la Restauración. Así que los efímeros gobiernos que se sucedieron hasta fines de 1918 se anclaron en la neutralidad. Mantuvieron relaciones muy tensas con Alemania, sin atreverse a más, e hicieron frente como pudieron a la presión de los teóricos amigos, con quienes trataron de resolver el cada vez más agobiante problema del aprovisionamiento propio.

En este marco, desde abril de 1917, el nuevo gobierno García Prieto buscó rebajar la tensión con Alemania tratando de ejercer una neutralidad algo más equidistante, pero no consiguió nada de Berlín y sí dañó, de inmediato, su imagen (ya germanófila) ante los gobiernos aliados. En vez del ultimátum a Alemania previsto por Romanones, remitió una nota de protesta por los hundimientos, no ratificó el acuerdo comercial con Gran Bretaña negociado por su antecesor y prohibió las reuniones públicas para discutir sobre la guerra. En junio, volvió a presidir el gobierno el conservador Eduardo Dato (con el Marqués de Lema en Estado) en plena crisis de subsistencias, con el problema catalán, la crisis obrera y, sobre todo, la cuestión militar (manifiesto de las Juntas de Defensa) sin resolver. Una de sus primeras acciones fue prohibir, por fin, la entrada de submarinos de naciones beligerantes en puertos españoles a raíz de un nuevo incidente: el submarino alemán UC-52, reparado en el puerto de Cádiz, volvió a mar abierto en vez de ser retenido, como solicitaron los aliados. Pero la nueva ley (similar a la aprobada por Suecia en 1916) no resolvió el problema de la debilidad española para hacerla cumplir, como se demostró poco después cuando otro submarino alemán se escapó en octubre³⁶.

La explosiva situación interna (Asamblea de Parlamentarios y huelga general reprimida por el ejército) impidió una mínima estabilidad gubernamental; aunque, en alguna medida, moderó la actitud de inmisericorde de los aliados, que temían contribuir a un mayor desorden social si, con sus restricciones comerciales, se agravaba la escasez de productos de primera necesidad. Tras ocho días sin gobierno, ya en noviembre de 1917, se recurrió a un gabinete de concentración monárquica, presidido de nuevo por el liberal García Prieto, quien retuvo el Ministerio de Estado. Sobrevivía la monarquía,

de los dos gobiernos quiso comprometerse ante lo que percibieron como una especie de chantaje. En 1917 Gran Bretaña sólo accedía a reconocer a España el Protectorado en los mismos términos que a Francia, no como subordinada, un corredor costero en Guinea frente a Fernando Poo y, tal vez, devolver Carolinas. Vid. J. Romero: *España, 1914-1918...*, *op.cit.* pp.96-7, M.D. Elizalde: *art.cit.* pp. 234-9 y 249-51.

³⁴ J. A. Montero: *El despliegue de la potencia...* *op.cit.* pp. 271 y ss.

³⁵ Desde abril a agosto de 1917 EEUU adoptó medidas que supusieron un auténtico embargo a la salida de mercancías vitales para España: a partir del otoño, las restricciones a la venta de carbón, algodón, petróleo y harina de trigo resultaron insoportables. La caída global de las importaciones españolas de 1918 en más de un 50% respecto a 1917 fue su expresión más clara. Vid. J. A. Montero: *El despliegue de la potencia...* *op.cit.* pp. 297 y ss.

³⁶ J.Perea: *art.cit.* pp. 214-5 y F.J.Ponce: *Canarias...*, *op.cit.*, p. 301.

pero se mantenía la capacidad desestabilizadora de las Juntas de Defensa y la tensión social, sin visos ya de una democratización del sistema. Entretanto continuaban los hundimientos de barcos españoles, mientras los aliados renovaban sus requerimientos comerciales a un gobierno que, de nuevo, consideraba proalemán. El susodicho gabinete, aparte de ratificar el Acuerdo Cortina con Gran Bretaña firmado por Romanones (el comercio bilateral había caído un 70% en es año), apenas se movió, abrumado por el progresivo deterioro de la situación interna. Hubo meras protestas formales a Berlín, ante el temor de un incremento de las acciones submarinas germanas, e intercambios diplomáticos muy tensos con los aliados de la Entente por su incompreensión y su diplomacia de fuerza, plasmada en el corte del cable submarino de comunicaciones entre Cádiz y Canarias de marzo de 1918³⁷. Ese mes, tras una dura negociación a tres bandas con franceses y norteamericanos (con la retención de barcos españoles en puertos de EEUU como elemento de presión) se firmaron sendos acuerdos comerciales: se garantizaban cupos de exportaciones españolas a los aliados, a cambio de un caudal mínimo de materias primas básicas para España procedente de EEUU, país que renunciaba a usar barcos españoles³⁸. Pero, a pesar de los constantes hundimientos alemanes, tampoco cabía un mayor deslizamiento hacia los aliados de la Entente, con la Corona, la Iglesia, el ejército y las clases más conservadoras en contra, temerosos de que la explosiva situación interna derivase en revolución. De hecho, Gran Bretaña y Francia buscaron distanciarse de sus aliados republicanos y socialistas en España. Además, las potencias centrales aún podían ganar: tras la derrota italiana en Caporetto, llegó el armisticio ruso en marzo 1918 y, con él, la ofensiva final de las potencias centrales en el oeste.

Desde marzo de 1918, con el gobierno de concentración monárquica presidido por Antonio Maura, con Eduardo Dato en Estado y las principales figuras políticas en el resto de los Ministerios, apenas hubo cambios en política exterior. El clima nacional siguió deteriorándose (escasez, carestía, hambre, desempleo, malestar social) y cada vez resultó más patente que la neutralidad era el reflejo de la impotencia española. Por una parte, estaba la amenaza permanente de un corte de suministros desde EEUU³⁹ o de la retención de barcos españoles en sus puertos con sólo negarles el suministro de carbón. Por otra parte, Alemania mantuvo su campaña agresiva en el mar y siguió sufragando con impunidad actividades anarquistas y promoviendo huelgas y sabotajes para dañar el aprovisionamiento aliado. Sus redes de inteligencia habían financiado a candidatos germanófilos en las últimas elecciones de febrero de 1918 y hasta el asesinato de un empresario catalán. La prensa dio a conocer casos graves de colaboración entre policías y militares (Ramón Regalado, capitán del puerto de Palamós, y Manuel Bravo Portillo, Jefe de la policía política de Barcelona) con funcionarios de la embajada alemana; pero los medios germanófilos contraatacaron denunciando las acciones de los servicios secretos aliados. La reacción del gobierno fue muy floja: limitar la libertad de prensa (Ley contra el espionaje y de defensa de la neutralidad en julio 1918) y rebajar las penas por delitos de espionaje, lo que beneficiaba a los personajes inculpados y a Alemania⁴⁰.

Sólo cuando en julio de 1918 arreció de forma intolerable el hundimiento de barcos mercantes, se hizo forzosa una reacción oficial más dura para evitar el deshonor

³⁷ Sobre las acciones secretas británicas en Canarias: F.J. Ponce: *Canarias...*, *op.cit.*, pp. 253 y ss.

³⁸ Vid. J. A. Montero: *El despliegue de la potencia...* *op.cit.* pp. 307-330 y J.Perea: *art.cit.* p. 219.

³⁹ El problema lo agravaba la falta de cooperación de las empresas navieras españolas. Para acabar con ella y paliar los problemas de distribución, el gobierno estableció un cierto control sobre el precio de los fletes en el verano de 1918 y exigió a las compañías el transporte de determinadas mercancías de interés nacional.

⁴⁰ Vid. E. González Calleja: *art.cit.* pp. 211-216 y 223; J. Perea: *art.cit.*, pp. 219-20 y J. A. Montero: *El despliegue de la potencia...* *op.cit.* pp.281.

nacional. El gobierno envió un ultimátum a Berlín en agosto: por cada barco español hundido, dentro o fuera de la zona de guerra, se incautaría un barco alemán de los atracados en puertos españoles. Alemania hizo caso omiso de la advertencia y amenazó con declarar la guerra si se capturaba alguno de sus barcos, como había hecho con Portugal en 1916 con el desenlace de la beligerancia de este país. Fue quizá el momento en que más cerca estuvo España de la guerra. El gobierno contactó con los aliados para recabar su apoyo en caso de tener que romper relaciones con Alemania, pero, de nuevo, encontró poco entusiasmo. Una beligerancia española en el último momento (los alemanes ya estaban de retirada en el frente occidental) hubiera permitido al gobierno de Madrid reclamar su parte en la conferencia de paz. En todo caso, el gobierno volvía a estar dividido (sólo apoyaban la nueva línea dura Romanones, Maura y Dato) y el rey tampoco se mostró partidario de ninguna acción contra Alemania, así que vetó la decisión del gobierno de apresarse un primer barco alemán, cuando resultó hundido un nuevo vapor español. Finalmente, en octubre, fue Alemania quien decidió ceder al gobierno español hasta el fin de la guerra seis de sus buques inmovilizados, para mejorar las relaciones bilaterales. Pero, como Maura reclamase compensación para reponer las 15.500 tm de barcos hundidos desde 1915, fueron siete los barcos entregados, aunque no en propiedad, porque los británicos consideraron que debía ratificarlo la Conferencia de Paz. De hecho, cuando llegó el armisticio final el 11 de noviembre, los barcos austriacos y alemanes en puertos neutrales pasaron a ser incautados por los vencedores para su propio resarcimiento. Hasta enero de 1920 los aliados no dieron por válida la cesión de los barcos, bautizados con los nombres España I a VII, y ello a cambio de la renuncia a reclamar más compensaciones por el conjunto de los buques españoles hundidos durante la guerra⁴¹.

El gobierno Maura cayó en noviembre y, tras uno muy efímero presidido por M. García Prieto, Romanones volvió a presidir el Ejecutivo desde diciembre de 1918. El Conde se reservó el Ministerio de Estado y se dio la satisfacción de expulsar al embajador alemán y a parte de su personal. España se había mantenido neutral. Su flota había sufrido 128 ataques, con pérdida del 20% de su tonelaje y más de una centena de marineros muertos⁴². Las reservas de oro del Banco de España se habían cuadruplicado entre 1914 y 1918, buena parte de la deuda externa y de las inversiones de capital extranjero habían sido rescatadas, se había producido un gran incremento del comercio exterior y un impulso industrializador, pero el efecto de la guerra sobre el sistema político y la paz social había sido demoledor.

IV. ¿ESPLÉNDIDA NEUTRALIDAD?

Si se compara la actitud española ante la guerra con la de los neutrales de la Europa meridional, que terminaron siendo beligerantes, resulta obligado ponderar la moderación de los políticos españoles, pues fueron los únicos que aplicaron la racionalidad y no dieron un salto al vacío en una coyuntura de crisis interna⁴³. Por otra parte, si la diplomacia española, desde Cánovas, había eludido compromisos internacionales para evitar que España se viera implicada en una guerra continental, su primera prueba de fuego había tenido éxito. Sin embargo, la neutralidad no fue tan

⁴¹ Entretanto EEUU. consiguió en agosto de 1918, un acuerdo ventajoso para la financiación de sus compras en España, con créditos de un consorcio bancario español. Vid. J.Perea: *art.cit.*, pp. 210-222; F.J.Ponce: *Canarias...*, *op.cit.*, pp. 285-6 y 328 y ss.; F.J. ROMERO: *España, 1914-1918...*, *op.cit.* pp.194-205; J. A. Montero: *El despliegue de la potencia...* *op.cit.* pp.279-292 y 345 y ss; F. GARCÍA SANZ: "Información...", *art.cit.*, pp.177-178.

⁴² J. Perea: *art.cit.* p. 224.

⁴³ J.M. Jover Zamora, G. Gómez Ferrer y J.P. Fusi: *España: Sociedad, política y civilización*. Barcelona, Areté, 2001, p.656.

espléndida como se ha presentado. Ni unos, ni otros (submarinos alemanes, autoridades navales británicas en Gibraltar y Canarias, servicios de inteligencia de los dos bandos) la respetaron. La debilidad del estado para sostenerla hizo que la posición española estuviese más a merced de la voluntad de los beligerantes que de los gobiernos españoles. De los aliados de la Entente se aguantaron coacciones económicas y más que amenazas, sobre todo en 1918; aunque nunca solicitaron la beligerancia española, porque no estaban dispuestos a garantizar el botín reclamado (Tánger, Gibraltar, tutela sobre Portugal), dado que consideraban insignificante, cuando no una carga, la ayuda española. Alemania se contentó con la neutralidad y se aprovechó de la impotencia española para aplicar su guerra submarina. Fue imposible coordinarse con otros países neutrales (sobre todo con EEUU) y los gobiernos españoles tuvieron que hacer frente a las exigencias de los beligerantes en soledad, mientras la primacía del conflicto interno bloqueaba su capacidad de maniobra. Entretanto, la disposición proaliada de la mayoría de los gabinetes se contrarrestó con la actitud amistosa hacia Guillermo II de Alfonso XIII: hubo una especie de reparto de papeles, aunque no está claro que fuera coordinado o deliberado, dada la tendencia del rey a emprender iniciativas diplomáticas propias.

Se intentó hacer de la neutralidad “virtud”, como ha señalado algún autor. Se pensó en adoptar el papel de *appeaser* como forma de realce internacional para el país, haciendo valer el prestigio alcanzado con la labor humanitaria del rey, su talante mediador y los buenos oficios realizados por los diplomáticos españoles como representantes de los intereses de muchos beligerantes⁴⁴. Los logros conseguidos fueron, sin embargo, discutibles. Puede que la imagen de España mejorase a raíz de las gestiones citadas: la histórica visita de agradecimiento de los reyes belgas a Madrid en 1921 fue un ejemplo. Pero, si se evalúan los beneficios concretos obtenidos, no está claro que la posición internacional de España saliera robustecida. Desde luego, Francia no recompensó la seguridad dada a su frontera pirenaica desde 1914. Los tanteos del Rey y de Romanones poniendo precio a la beligerancia española irritaron en Londres y París, donde los percibieron como un chalaneo impotente; también el afán de protagonismo español en los ensayos de mediación resultó contraproducente⁴⁵. A pesar de la petición de Romanones a Wilson en diciembre de 1918, los representantes españoles no participaron en la Conferencia de Paz de París (fueron meros espectadores, como el resto de los neutrales) y el Presidente de EEUU no viajó a España en junio, como deseaba el Conde. Tampoco se consiguieron más compensaciones por los hundimientos bélicos sufridos, porque los vencedores consideraron que los beneficios obtenidos en el negocio de la guerra abasteciendo a los beligerantes eran más que sobrados para un país que no había pagado tributo de sangre alguno. La única complacencia fue la invitación a formar parte del futuro Consejo de la Sociedad de Naciones, y de forma provisional, hasta la primera elección de representantes⁴⁶. Como se vio poco después, España se encontró sola en la guerra de Marruecos hasta 1925, no consiguió el ansiado puesto permanente en la SDN reclamado desde 1921, ni un estatuto para Tánger (1923) favorable a sus intereses.

⁴⁴ H. de la Torre: *El Imperio... op.cit...* p.254.

⁴⁵ Vid. F. García Sanz: “España y..”, *art.cit.* pp. 723-4. Como ha señalado J.A. Montero: (*El despliegue.. op.cit.* p.241 y 168), los gobiernos de España volvieron a intentar aplicar su tradicional política de prestigio (“arbitrar medios indirectos que la llevarsen a ganar un ascendiente diplomático que no le correspondía en función de sus recursos o su potencial”), con escaso éxito. A juicio de este autor: “España se pasó los meses del conflicto debatiéndose entre sus anhelos por ejercer un papel mayor al que le correspondía en virtud de su carácter de potencia media, su lucha contra los problemas interiores, y la necesidad de poner en práctica una política exterior que verdaderamente llenara las necesidades del país”.

⁴⁶ José Luis Neila: “Regeneracionismo y política exterior en el reinado de Alfonso XIII, 1902-1931. Madrid, CEHRI, 2002, pp. 87-91.

Sin embargo, la discusión en torno a la guerra contribuyó al proceso de nacionalización de la política exterior española: Hipólito de la Torre estima que ayudó a definir mejor los vectores diplomáticos y los intereses internacionales permanentes del estado en el futuro. Ya en diciembre de 1918 Romanones explicitó las aspiraciones exteriores españolas al Presidente Wilson: un hispanoamericanismo reforzado (hasta Filipinas) y consciente de la influencia de EEUU en la zona, Marruecos (incorporación de Tánger al protectorado), influencia sobre Portugal, Gibraltar, un nuevo europeísmo y una mayor presencia internacional desde un puesto permanente en la SDN⁴⁷. Primo de Rivera intentó después hacerlas realidad desde el revisionismo y la II República retomando la línea pacifista que Alfonso XIII había ensayado en la I Guerra Mundial.

⁴⁷ J.A.Montero: "Las relaciones hispano-norteamericanas en los años de la Primera Guerra Mundial" en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 24 (2004), pp.36-42.